



En la foto vemos al cabo sereno,, Francisco López García Tenorio junto con su mujer Emiliana Martínez de la Casa, su hijo Antonio López Martínez de la Casa y la mujer de ésta, Purificación Flores Gómez

tenerle respeto. Vamos, que era algo así como la carabina de Ambrosio.

En aquellos tiempos el sereno era un trabajador autónomo habilitado por el alcalde, aunque su retribución corría a cargo de los vecinos, comerciantes y propietarios del barrio. El sueldo era tan reducido que se las veían y se las deseaban para poder vivir dignamente. Por eso la importancia que tenían para él las propinas recibidas, lo que constituía verdaderamente su medio de vida.

En las ciudades, el singular colectivo estaba dividido en cuadrillas y cada barrio, dependiendo de su tamaño, era vigilado por dos, tres o más cuadrillas, las cuales estaban al mando de un cabo, que era el responsable del funcionamiento de ellas, y por lo tanto de la seguridad del barrio. Como ya se dijo, a cada sereno se le dotó al principio de un chuzo, que utilizaba como arma para defenderse de agresiones o intimidar a los ladrones. Con el paso de los años, el chuzo fue sustituido en muchos sitios por una porra de goma, que llevaban enganchada en el cinturón.

Famosos fueron los serenotes gallegos y asturianos de la villa y corte madrileña por las muchas plazas de este servicial oficio que coparon a lo largo de los años. En las corralas de vecinos se confundía su acento regional con el de otros ganapanes llegados de las distintas zonas peninsulares en busca de sustento. Curiosamente, según el texto de varias zarzuelas de ambiente madrileño, parecería que todos los serenotes de la capital de España procedían de esas tierras norteñas, fácilmente identificables por el típico e inconfundible deje de la región de origen, el cual no abandonaban jamás.

### Vigilante rural

La figura del sereno de pueblo era más accesible, mucho más familiar y cercana que la del de las grandes ciudades. Todos los vecinos se conocían entre sí. No había servilismo ni menoscabo de la dignidad personal expresada a través de la cultura propinesca. Cumplían con su labor sin más, y por lo general compaginaban su empleo con alguna otra labor.

Guardián de los sueños del vecindario, recorría las calles envuelto en el rebozo de la noche, sólo contaminada con la resonancia de sus pasos o el ladrido de los perros. La soledad, limpia y silenciosa, se hacía cómplice de sus secretos. La noche y la soledad son componentes idóneos para la meditación en una escuela de filosofía sin límites en la que para entrar basta con liberar los pensamientos inquisitivos más primarios. Y al sereno, en su deambular, no le faltaba ninguna de las dos. Afloraban sus pensamientos rudimentarios, simples esquemas de observaciones y razonamientos inocentes, sencillos. Dentro de su corto entender indagaba la grandeza del universo y el significado del infinito. Ante la contemplación del orbe puesto al alcance de sus ojos se preguntaría - pensamientos pascalianos a nivel de aldea - qué pintaba el hombre en medio de esa inmensidad, qué

era sino una insignificante mota de polvo... Y, como el sabio francés, se sobrecogería espantado ante el eterno silencio de los espacios incommensurables. El sereno podría decirse que era un recalitrante aprendiz de astrónomo por desidia, un perseguido de su propio silencio, que adoptaban una actitud escapista frente a la realidad a la que plantaba cara día a día en un mundo que siempre ha ido dando bandazos y en el que el hombre es perpetuo lobo de sí mismo. El cielo era comúnmente objeto de sus devaneos interiores. En medio de la noche sosegada, plagada de infinitas miradas sobre su cabeza, observaba las estrellas y aprendía su ubicación en la bóveda celeste, situándolas a ojo de buen cubero.

Mira, observa...señala... El Camino de Santiago, el Carro...y allí la estrella Polar.

De pronto, algo más terrenal llama su atención y el eco de otros pasos, acompañados de una voz cuyo timbre parece reconocer, le sacan de su ensañación:

- ¿Cómo va la ronda, Francisco?
- Bien. Aquí andamos... ¿D'ande vienes a estas horas, balarrasa?
- Pues mira, que me he puesto ahí con el Lucio y el Mariano a tomar unos chatos y a hablar de nuestras cosas y se nos ha echa'o la hora encima... Voy pa' casa no vaya a ser que la parienta me deja en la calle
- Bien emplea'o te estaría, no creas.
- Pues nada, con Dios y que te sea leve.
- Gracias, Manuel. Buenas noches. Que duermas bien.

Menea la cabeza esbozando una sonrisa bondadosa mientras ve marchar al "aparecido" calle arriba entre algún trompicon que otro.

El sereno era buen amigo y confidente de las almas trasnochadoras ¡Cuántos secretos compartidos, como confesor en medio de la noche!

Tras la corta y afable conversación se oye de nuevo el acompasado retumbar de sus pasos en la reanudación de su peregrinaje por calles y plazas.

De nuevo dirige su vista arriba y vuelve a sus cábalas y deducciones "artesanales". A veces ha de luchar contra la somnolencia que abruma sus párpados.

No necesita mirar el reloj para saber la hora. Se rige por la ubicación de los astros. "Ya están ahí las Cabrillas, no tardará en amanecer", se dice para sí...

«La una y sereno; las dos y sereno». Resonancia mustia de un pasado no tan lejano que se escucha en aire a la vez que el chuzo golpeaba en el empedrado, hoy ausente, de nuestras calles. Lejos han quedado ya los tiempos en los que este personaje, lancero protector del sueño ajeno, oteador de estrellas, transitaba, envuelto en su largo tabardo o pelliza, por los desiertos itinerarios urbanos procurando el descanso tranquilo de sus convecinos.

En La Puebla, nuestra Puebla, todavía muchos recordarán los nombres de los últimos serenotes: Soto, Mendoza o el tío Francisco "el Obispo", cabo y superior de los anteriores. Seguramente serían innumerables las historias castizas que se podrían contar, innumerables las anécdotas que podríamos reunir impregnadas del gracejo que suele caracterizar a la gente de nuestra tierra. Pero queden ahí, en la crónica muda, en el cosmos silencioso del recuerdo. Dejémoslos ir con sus pasos parsimoniosos y seguros midiendo las callejas sinuosas de la memoria. Mucho es lo que ha llovido desde aquel entonces, mucho lo que separa a los antiguos serenotes que iniciaron sus andanzas en Levante y los serenotes del siglo XXI, aunque en sus funciones no parezcan diferenciarse tanto como en su aspecto y equipamiento.

De los primeros nos ha quedado la imagen de las viejas estampas del sereno capitalino con su manajo de llaves y su pica o alguna que otra copla graciosa sobre el sereno de pueblo, como ésta de Madrigal de la Vera:

El sereno de mi calle / ay, ay tiene la voz muy bonita / que cuando canta la hora / ay, ay parece una señorita. / Amor, amor que duerme niña tranquila / amor, amor sabiendo que por ti velo / amor, amor que han dado las once y media / ay, ay que me lo ha dicho el sereno...

De los otros, como novedad que son, el tiempo dirá.